

bisabuelo el primer Presidente de nuestra República, el mariscal Riva-Agüero. En esos y otros muchos trabajos Riva-Agüero defendió la tesis de que nuestra Independencia era un derecho legítimo e irrenunciable, resultado de un largo proceso de maduración cultural a lo largo de tres siglos en que habíamos sido el centro de toda la América austral; y la tesis y convicción de que por encima de esas legítimas e irrenunciabes nacionalidades estaba la otra realidad más amplia de todo un continente que debía mantenerse unido a pesar de las rencillas, los recelos y las pasajeras discordias. Como Peryera en México o Levene en Argentina, Riva-Agüero tuvo una visión hispanoamericana de nuestra historia y así podrán comprobarlo quienes compulsan el tomo VII de sus Obras Completas, que reúne sus escritos sobre la época de la Emancipación y de la República y que nuestra Universidad acaba de editar como otro de sus homenajes al Sesquicentenario de nuestra Independencia.

Estas breves palabras y este acto académico constituyen la adhesión de nuestra Universidad a las nobles tareas e ideales de este Congreso en el cual participan nuestros maestros y alumnos y que honrosamente para nosotros preside precisamente el Director de este Instituto. Estamos seguros que las deliberaciones de tan importante certamen internacional y las Actas que reúnan sus trabajos, han de constituir un sólido y valioso aporte científico para la interpretación y mejor conocimiento de la historia del Perú y de toda la historia hispanoamericana. A todos los señores delegados de América y Europa nuestra bienvenida más cordial y el voto de esta Casa de Estudios, levantada a la vera de las certidumbres eternas, nuestro voto por el mayor éxito de su trabajo.

Muchas gracias.

DISCURSO DEL PROFESOR EDMUNDO NARANCIO DEL INSTITUTO HISTORICO Y GEOGRAFICO DEL URUGUAY

En el mensaje que la corporación académica que represento junto con mi colega el profesor Flavio García, dirige por nuestro intermedio a los organizadores de este Congreso "se hace votos porque los ideales superiores que inspiraron a los fundadores de la noble nación peruana —entre los cuales se hallaron soldados orientales— permanezcan y perduren para bien del pueblo hermano"; se data el documento "el 28 de julio de 1971 año del centenario de Rodó".

Al asociarnos a estas celebraciones peruanas, hemos querido resaltar la solidaridad continental manifestada en la gesta de la emancipación. La idea de América comprometida en la empresa común se expone por Artigas a Buenos Aires en 1811 cuando dice que "la patria podía contar con tantos soldados como americanos había en esta banda" y lo corrobora luego al aseverar que "la libertad de América forma mi sistema y plantearlo es mi único anhelo". Esa libertad la defendieron mis compatriotas con las acciones sobre Montevideo y frente a la invasión portuguesa de 1816; otros cumplieron ese mismo supremo deber de americanos y acompañaron a San Martín al Perú. Me refiero a Ventura Alegre, a Enrique Martínez y a la notable personalidad de Eugenio Garzón, en cuyas figuras quiero resaltar la cooperación uruguaya a la epopeya peruana que no es del caso medir por su volumen sino por el corazón que esos varones pusieron en sus actos.

El *Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay* entendió, además, que no podía faltar en estas celebraciones sesquicentenarias en que nos reunimos los americanos hijos de Iberoamérica, el nombre de José Enrique Rodó, el autor de *Ariel*. Nada más adecuado que este ambiente de la *Pontificia Universidad Católica del Perú* para exponer en brevísimas palabras —sobre todo dirigidas a los jóvenes que hoy dan vida a sus claustros— los valores de *Ariel* que hoy permanecen y sobre los que me permito recomendar la relectura y la meditación de la juventud. Una exégeta de Rodó —la señora Reyes de Viana en un estudio premiado— señala con justeza “que *Ariel* descubre y anuncia en las puertas del siglo veinte, el destino del hombre en el hombre mismo, el concepto de lo eterno formando parte de la propia esencia humana”. Cuando en las palabras de Rodó —agrega— “encontramos su concepción cristiana, descubrimos en ella la profundidad de su búsqueda por lo humano”. Recuerda, además, que Max Scheller afirma que “el cristianismo con su doctrina del dios hombre y del hombre como hijo de Dios, representa en conjunto, una nueva conciencia que el hombre tiene de sí mismo”. “Lo que perdura a través de los siglos” (que comprobamos a cada paso, agreguemos, en nuestra faena de historiadores, si es que la cumplimos con autenticidad) “es lo humano; lo que une a todos los pueblos y a todas las épocas es lo humano. Nada de buscarle al hombre destinos ajenos a su propia esencia”. He aquí por qué Rodó proclama en su palabra a los jóvenes, su fe en la democracia porque, dice: “lo afirmativo de la democracia y su gloria, consistirán en suscitar, por eficaces estímulos, en su seno, la revelación y el dominio de las verdaderas superioridades”, de la misma manera que en “*Liberalismo y jacobinismo*” hizo el presagio y dio el alerta sobre el trágico destino del hombre bajo lo que luego se llamaría totalitarismo.

Nuestra América nació de la semilla arrojada en estas tierras por el alma latina traída por España y Rodó indica a los jóvenes que, en armonía con el ideal democrático, deben “predicar el evangelio de la delicadeza a los beocios, el evangelio del desinterés a los fenicios” palabras que cobran hoy una dimensión insospechada cuando ahora no faltan, por desgracia, predicadores de odio, de violencia y de avaricia. No fue este el credo rodoniano. “América —dice Rodó— necesita mantener en el presente, la dualidad original de su constitución, que convierte en realidad de su historia el mito clásico de las dos águilas soltadas simultáneamente de uno y de otro polo del mundo, para que llegasen a un tiempo, al límite de sus dominios. Esa diferencia genial y emuladora no excluye sino que tolera y aún favorece en muchísimos aspectos, la concordia de la solidaridad. Y si una concordia superior pudiera vislumbrarse desde nuestros días, como la fórmula de un porvenir lejano, ella no sería debida a la imitación unilateral —que diría tarde —de una raza por otra, sino la reciprocidad de sus influencias y el atinado concierto de los atributos en que se funda la gloria de dos”.

En un momento en que, del ámbito continental nos ha llegado la noticia de diversos actos que muestran la vigencia del legado de Maestro de *Ariel* en su centenario, el *Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay* que al fundarse en 1843 tuvo entre sus miembros a José de San Martín, quien hace siglo y medio proclamó la independencia del Perú; que luego, halló en Rodó a un promotor de la segunda época que hoy vive, se asocia en el mensaje que leí al principio y con estas palabras, a ambas efemérides: el sesquicentenario peruano y el centenario del Maestro de la Juventud de América.